

los partidos marxistas (socialistas y eurocomunistas). Por lo que a los primeros atañe, así lo reconocía implícitamente Satrustegui al decir, en la Convención Liberal Europea, celebrada el viernes en Madrid: "Nos queda la tarea de construir un partido fuerte que haga una coalición con otros partidos que son también liberales. Porque, señores, la democracia cristiana es también un partido liberal con otro nombre, como lo es también la socialdemocracia". Como ni uno ni otros hacen ascos a la propiedad privada de los medios de producción, que es uno de los derechos más sagrados para todos ellos, pocas cosas, en verdad, pueden separarlos. Porque el anticlericalismo, que constituyó el eje doctrinal del liberalismo histórico español desapareció con él.

No era el de Riego

Con asistencia de casi dos mil personas y en un ambiente de mitin electoral, creado por los gritos ritmados y el flamear de innumerables banderas, se celebró la Convención Liberal Europea, con la presencia de numerosos dirigentes de la oposición democrática. Los gritos y las banderas recordaban los mítines del PPD portugués.

Satrústegui, presidente de Alianza Liberal, dijo que los liberales no necesitan del patrocinio del Gobierno para vencer a Alianza Popular, a "esos que se mofaban de los demoliberales y que ahora se presentan como campeones de las libertades".

Richard Moore, del Partido Liberal inglés, y Giovanni Malagodi, del Partido Liberal italiano, manifestaron la vigencia del liberalismo. Trias Fargas, de Esquerra Democrática de Catalunya, definió al liberalismo casi como una técnica del yoga. Dijo, en efecto, que es "una doctrina moral, de autocontrol de las pasiones, un decálogo altruista en defensa de los débiles". Y dijo algo insospechable en un economista como él: "que los intereses materiales pasan a segundo término para todo liberal".

Juan García Madariaga, presidente del Partido Liberal Progresista, llamó caricatura del liberalismo al liberalismo del pasado y, tras citar al abate Sieyès, dijo que "no podemos ir a este mundo moderno con esquemas decimonónicos".

Se leyeron luego dos mensajes del ministro de Asuntos Exteriores de Alemania Federal, señor Genscher, y del jefe del Gobierno del Canadá, señor Trudeau. La ausencia del primero produjo malestar entre quienes a esa hora se hallaban informados del motivo. Genscher había debido partir precipitadamente de Madrid ante el escándalo producido por las prácticas antiliberales de un ministro liberal de su Gobierno, el del Interior.

Enrique Larroque, presidente del Partido Liberal, atacó a Alianza Popular y a "los que de-

fienden el colectivismo y la despersonalización. Hemos visto —dijo— esos congresos socialistas que dicen socialismo es libertad. ¿Quién puede disputarnos a nosotros el lema de la libertad?".

¿Acaso considera el señor Larroque la libertad como propiedad privada de los liberales? Su frase fue chocante. Y tanto él como la mayoría de los oradores atacaron a los partidos marxistas con ese calificativo de "colectivistas" que parecen haber recogido de los giscardianos y chiraquistas.

Los liberales españoles que así atacaron el otro día a los "colectivistas" se habrían mostrado mucho más liberales si hubieran reconocido allí que durante estos cuarenta años han sido esos partidos los que más duramente han luchado por la libertad. Si es que los paredones y los años de cárcel no mienten.

La salida de Ignacio Camuñas al micrófono fue saludada clamorosamente por sus partidarios, que corearon estruendosamente su nombre. Algunos de los más jóvenes lo hacían como fanatizados, lo que es curioso en una asamblea liberal. Alguien, cerca de mí, gritaba enardecido: "¡Camuñas al poder!". Me volví, y reconocí a Gabriel. A Gabriel

Camuñas. Camuñas, Ignacio, dijo: "Dos palabras, una para la emoción y la otra para la razón". Para la emoción, que no hay democracia sin liberalismo; para la razón, que "sabemos lo que quiere el país y vamos a dárselo".

Joaquín Garrigues, que fue el último, pidió que no se gritaran nombres, que se evitaran los personalismos y que se pidieran las libertades para todos, pues "la libertad o es de todos o no es de nadie".

El acto terminó con todos en pie, en posición de firmes, oyendo el himno.

—¿Es el himno de Riego?, me preguntó un periodista belga.

—No. Es el Himno Nacional.

—¡Lástima! Hubiera quedado bien en mi crónica el "Himno de Riego".

—¡Toma, y en la mía! —le respondí.

¡Y pensar que a los de Alianza Popular no se les ocurrió lo del himno! Me refiero al nacional, porque el de Riego ni pensarlo. Y eso que Silva Muñoz exhumó a Riego, pero como recordará el lector de TRIUNFO, fue para darle con la lápida en las narices.

Al día siguiente, la Internacional Liberal, bajo la presidencia

del primer ministro de Luxemburgo, Gaston Thorn, daría un nuevo espaldarazo a los liberales españoles, al celebrar en Madrid la reunión de su Comité Ejecutivo y al mantener una sesión de información con todos los grupos liberales de nuestro país, a los que la Internacional expresó su deseo de que se unan.

Con el paso de la Internacional Liberal por Madrid se ha cerrado el desfile de la solidaridad de las formaciones políticas europeas con sus homólogas españolas. La internacional fascista no ha tenido que hacer sus maletas, porque ésa ha estado siempre aquí.

Por cierto, que coincidiendo con la reunión de la Internacional Liberal se celebraba en Madrid el congreso de sus viejos enemigos los falangistas, los auténticos, esos que tienen todavía una revolución pendiente.

Los liberales españoles que también dejaron pendiente la revolución burguesa no la han vuelto a reivindicar. La única revolución pendiente que queda en España, había dicho Garrigues en la clausura del congreso del PP, es la de la libertad. A ver si la vemos soltarse el pelo de una vez. Porque parece que la están peinando. ■

LOS LIBERALES

EN el tronco original de la democracia está el liberalismo: la gran corriente humana y política que a partir de la primera mitad del siglo XIX defendió el libre examen, la libertad de opinión y la libertad de acción. El liberalismo político de Tocqueville o de Guizot, el que inspiró las primeras ideas originales de Adam Smith, pretendía reducir a un mínimo la función del Estado y defender el "libre desarrollo del individuo", según su fórmula preferida, que aún no ha caducado. El liberalismo tiene en España una profunda y amplia escuela, repleta de mártires y de pensadores: de ella brotan los actuales partidos liberales que reaparecen, tras la larga noche del franquismo, y que han reunido en Madrid una Convención Liberal Europea. Por su tradición y por su circunstancia, y por las personas que hoy forman los partidos liberales que tienden a unirse, el liberalismo español representa hoy una fórmula mayor de progreso que en otros países europeos.

Porque del liberalismo han salido numerosas tendencias —como de todos los grandes movimientos ideológicos, que han chocado contra la enorme muralla del principio de la era industrial y con la explosión demográfica y las formas irregulares del reparto de la riqueza—, algunas de las cuales han desembocado en formas de opresión, como en su desarrollo en los Estados Unidos, y se han llegado a convertir en autoritarismo, en totalitarismo, para combatir las aspiraciones de elevación y ascenso de otras clases sociales y de otros pueblos. Fue el costado peor de la idea de la "lucha por la vida" y de la "supervivencia del más fuerte". En Benjamín Constant aparece una de las ideas más bellas del liberalismo: "La autoridad no puede dañar los derechos

del individuo sin hacerse culpable de usurpación" (Mélanges de politique). No fue, sin embargo, de la escuela del burgués Constant de donde salió la mejor línea liberal, sino de la del aristócrata Tocqueville, que se enfrentaba contra la "libertad de una sola clase" y predicaba la solidaridad: porque "el interés de los hombres es hacerse útiles a sus semejantes", porque "la libertad impulsa los hombres unos hacia otros" y los "fuerza a la ayuda mutua": "Nos ocupamos primero del interés general por necesidad y después por elección: lo que era cálculo se convierte en instinto".

Situados, según sus declaraciones, "entre el colectivismo y el conservadurismo", los liberales españoles de hoy representan, sobre todo, un espíritu de tolerancia que es particularmente necesario a nuestra sociedad que ha heredado del sistema autoritario una desconfianza mutua y una falta de respeto evidente por las ideas de los demás. Un gran movimiento liberal español, limpio de las deformaciones del "liberalismo económico" que no están en sus orígenes, pero que han sido utilizadas por las formas dominantes del capitalismo de los Estados Unidos y de Europa, es hoy muy necesario. Como gran sedimento para la democracia real que esperamos y deseamos.

La Convención Liberal ha dado ocasión a que se manifestaran públicamente los grupos liberales españoles y que muestren la solidaridad de los europeos. Deben saber quienes los impulsan que se espera de ellos mucho en nuestro país, y que se desea verles entroncados firmemente con las fuerzas de la oposición democrática en las que son imprescindibles. ■